

Argentina 2011-2016: ¿De la crisis del neodesarrollo a su radicalización conservadora? Luchas sociales, proyectos de desarrollo y alternativas populares

Mariano Félix*

Resumo:

Este trabajo presenta algunos elementos para el análisis del gobierno Macri, en Argentina, y la etapa social abierta. Discutimos la naturaleza de la alianza gubernamental, sus políticas económicas y sociales, y la forma de su construcción estratégica.

Palavras-chave: Estado; neodesarrollismo; conflicto social; Argentina; neoliberalismo.

Argentina 2011-2016. From the Crisis of Neodevelopmentalism to its Conservative Radicalization? Social Struggles, Development Projects and Popular Alternatives

Abstract:

This article presents some elements for analysis of the Macri government, in Argentina, and the social phase that has begun. We discuss the nature of the governing alliance, its economic and social policies and the form of its strategic construction.

Keywords: State; neodevelopmentalism; social conflict; Argentina; neoliberalism.

Un año de gobierno de Cambiemos, un año de depresión económica y ajuste. Doce meses de aceleración de la “crisis transicional del neodesarrollo”

* Doutor en Economía y Doutor en Ciencias Sociales. IdIHCS, UNLP, CONICET, CIG/Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Ensenada, Argentina. Miembro de la Sociedad de Economía Crítica de Argentina y Uruguay. Centro de Investigaciones Geográficas / Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas y Universidad Nacional de La Plata, Argentina.

End. Eletrônico: marianfeliz@gmail.com

(Félic, 2016)¹. Comienzos de 2016 la economía cae más de 3,5 por ciento en comparación con un año antes, el consumo masivo se reduce en magnitudes similares, el desempleo salta para acercarse al 10 por ciento de la población económicamente activa. Aumentos salariales por debajo de la inflación, despidos y empobrecimiento son la cara (im)popular del golpe de timón que propuso la fuerza política que reemplazó al kirchnerismo. El gobierno de los CEOs (como gusta llamar a muchos por la composición empresarial de los funcionarios del gobierno de Cambiemos; Mazzeo, 2015) llegó para superar el estancamiento de la economía argentina en el último gobierno de Cristina Fernández.

Cambiemos: ¿nueva orientación estratégicas o nuevo estilo de gobierno?

Cambiemos decidió que debía condicionar lo más posible las luchas populares. Sabiéndose débil en lo político, salió a “comerse el partido” golpeando primero. Las instituciones de la Constitución social liberal de la Argentina son flexibles, siempre dentro del campo del derecho del capital. La legalidad de las urnas es tomada por las fuerzas políticas de los partidos del orden como derecho a la gobernabilidad. Los ‘primeros 100 días’ de gobierno fueron vistos como cheque en blanco.

Los ministerios se llenaron de CEOs (Castellani y Canelo, 2016) y cada cual atiende su juego. La conducción política del Estado se torna difusa porque prima el ‘sentido común’ empresarial. No parece ser necesaria la típica conducción unificada ni tanta verticalidad en la toma de decisiones. Históricamente, el peronismo ha sido un partido sin doctrina ni ideología, por ello funciona con rígida conducción. Puede ser popular en 1945, y desarrollista en 1952, pudo ser proto-neoliberal en 1974-1975 y abiertamente neoliberal en los años noventa, para luego devenir neodesarrollista a partir de 2003. La conducción unificada la única forma de garantizar cierta coherencia de acción.² El kirchnerismo ha operado (y aún funciona) en ese marco. El macrismo (fuerza política que lidera Cambiemos), por el contrario, parece buscar ser coherente en la práctica, apoyándose en el ‘saber hacer’ del capital y sus gestores. El pragmatismo prima pero la coherencia de la acción provendría del marco conceptual que se destila de la

¹ En el ocaso de la era kirchnerista llega al gobierno nacional la alianza política ‘Cambiemos’ de derecha empresarial hegemónica por el PRO del presidente Mauricio Macri (y secundado por la histórica Unión Cívica Radical y otras fuerzas menores).

² Hay una frase atribuida al histórico líder del peronismo (el General Perón, lógicamente) que decía que “el que gana, conduce; el que pierde, acompaña”, para referirse a la forma de organización interna de esa fuerza política.

sociedad hegemónizada por el capital. El macrismo imagina al Estado como lo ilustra North (1993) y supone que un adecuado marco institucional con estructuras de incentivos y en manos ‘expertas’ (algo así como agentes racionales que ‘saben’ como funciona el mundo) conducirá a resultados óptimos.

Las bases del proyecto Cambiemos

El macrismo llegó para imponer la radicalización del proyecto de neodesarrollo, partiendo de la herencia del kirchnerismo: una sociedad mercantilizada, transnacionalizada y precarizada. En la ‘década ganada’ (según definieron los defensores del proyecto neodesarrollista durante el kirchnerismo, 2003-2015; Félix, 2013) el gran capital consiguió consolidar su hegemonía con el acompañamiento del Estado que volvió para conformar las condiciones de la acumulación exitosa. El ‘desendeudamiento’, la inversión pública en infraestructura económica, la promoción del saqueo en el campo (transgénicos), la ‘montaña’ (megaminería) y las ciudades (barrios cerrados, especulación inmobiliaria, masificación del transporte y consumo individualizado y mercantil), contribuyeron a consolidar un nuevo patrón de acumulación basado en una nueva inserción en la división internacional del trabajo (Félix, 2014). La Argentina se consolidó de nuevo como territorio proveedor de materias primas y de trabajo super-explotado (en el sentido propuesto por Marini, 1973). La expansión de la producción de soja y sus derivados (harinas, aceites), biocombustibles, minería a gran escala e hidrocarburos, coloca nuevamente al país como espacio de valorización dependiente. En tal sentido, a lo largo de la larga década kirchnerista, el programa de neodesarrollo se consolida permitiendo la generación y apropiación de renta extraordinaria del suelo y la producción y apropiación de ganancias extraordinarias provenientes de la superexplotación del trabajo. Ambas fuentes alimentaron el flujo de remisión de utilidades, dividendos y patentes (bajo formas legales o ilegales, como la ‘fuga de capitales’).

Para ello, en la década de los 2000 el Estado se convirtió en ‘caja de resonancia’ de la lucha de clases, instrumento para la desarticulación de las resistencias y su “normalización conflictiva” (concepto acuñado por Dinerstein, Contartese y Deledicque, 2010). En el neoliberalismo en Argentina, y en especial en su etapa superior entre 1989 y 2001, el Estado se cerró, fortalecido, como medio para construir las nuevas condiciones de explotación a través del programa de reformas estructurales. Paradójicamente, el Estado neoliberal aparece como impenetrable, fuerte, frente a los reclamos de las distintas fracciones del pueblo trabajador y las fracciones no hegemónicas del capital (Félix, 2016). Sin embargo, y al contrario, la crisis comenzada a fines de los años noventa (Félix, 2011) supuso la desarticulación de esa hegemonía neoliberal.

La naturaleza contradictoria de ambos procesos contribuyó a crear barreras crecientes, marcadamente evidentes en el tercer gobierno kirchnerista, a partir de 2011 (Félicz, 2015). El giro mundial provocado por la crisis en el centro aceleró la transformación de esas barreras en crecientes desequilibrios.

El macrismo avanza con pies de plomo, sabiendo que su gobierno nació con legitimidad formal pero poca legitimidad política. Habiendo ganado por escaso margen en la segunda vuelta electoral, carece de peso institucional significativo en gobernaciones, diputados y senadores, intendentes y concejales (Félicz, 2015). Por ello, arrancó con mano de hierro, llevando al límite (y más allá) todos los poderes formales de una Constitución hiper-presidencialista y delegativa.

Construye un gobierno que parece el ‘comité de gestión de la burguesía’ (la democracia de los CEO o CEOcracia), pero difícilmente pueda consolidar una nueva hegemonía sobre la base de un Estado *à la Miliband*, simplemente colocando en las posiciones estratégicas a ex-empresarios o representantes directos de las clases dominantes, como ha hecho por la mayor parte en una primera instancia (Castellani y Canelo, 2016).

El macrismo sabe que la posibilidad de consolidarse dependerá de la construcción hegemónica que pueda conformar incluyendo en la alianza gobernante (aunque no necesariamente ‘en el gobierno’) a sectores sociales y políticos que sean expresión de fuerzas sociales reales (partidos del sistema, sindicatos, organizaciones sociales, ONGs). El Estado es más bien – *à la Poulantzas* – condensación de las relaciones sociales de fuerza, y el macrismo buscará construir puentes pero también marcar límites (buscando anular disidencias radicales), que le permitan avanzar en su programa intentando construir un nuevo bloque en el poder bajo su liderazgo. Nada certifica que lo logre.

Con un discurso optimista (Cambiemos ganó las elecciones proponiendo, entre otras cosas, “la revolución de la alegría”), supuso que la reorganización macroeconómica iba a rendir frutos rápidamente. Esta fuerza política no ha venido a desarmar el proyecto neodesarrollista – apuntalado por el kirchnerismo – sino a radicalizarlo, transformando sus límites en barreras superables dialécticamente pero sin alterar sus fundamentos estructurales. El ajuste macroeconómico iniciado el 10 de diciembre de 2015 es el primer paso en un programa integral que buscará intensificar la extranjerización y el extractivismo, con miras a proyectar un proceso de acumulación de capital liderado por las exportaciones, la inversión transnacional y el endeudamiento externo.

Las primeras medidas fueron claras: devaluación y apertura unilateral de la economía en lo comercial y financiero (fin del control de cambios), fuerte reducción en los impuestos a las exportaciones primarias (agropecuarias y mineras), eliminación de subsidios al consumo de los servicios públicos y aumento en sus

tarifas, y cierre del conflicto por la deuda pública con los acreedores externos que no se habían sumado a las renegociaciones de 2005 y 2010 (referencias). Todo esto debía conducir – según el discurso hegemónico – a una “lluvia de inversiones” que impulsaría el crecimiento económico. Sin embargo, lo único que logró fue provocar una disparada de la inflación (que superó el 40 por ciento anual en 2016), la destrucción del poder de compra de los salarios, el reemplazo de producción nacional por productos importados (mientras la producción local cae, las importaciones de bienes de consumo aumentan fuertemente) y, consecuentemente, una contracción brutal de la actividad económica en prácticamente todas las ramas de actividad. Si la política interna no colaboró con la recuperación, el contexto global tampoco ayudó: Brasil se hunde en una recesión y crisis política, los países centrales se encuentran estancados y atravesando una crisis social-política sin precedentes (con el triunfo del Brexit en el Reino Unido y de Trump en Estados Unidos como mascarones de proa) y China en un proceso de desaceleración y crisis inminente.

Los límites del neodesarrollo en su etapa kirchnerista del neodesarrollismo persisten. La acentuación del giro neopopulista de derecha (conservador, liberal) no encuentra aún las claves para construir su superación.

Una estrategia sin futuro

La estrategia de Cambiemos apuntó primero a reconfigurar la macroeconomía buscando construir una matriz distributiva (producción y apropiación del valor y plusvalor) acorde a la estructura del capital social. La pregunta que debía responder era cómo lograr que el extractivismo extranjerizado (agronegocios, minería e hidrocarburos) pudiera arrastrar al resto de la economía; todo ello con el apalancamiento del sistema financiero y en un marco de mayor apertura económica. El cambio en la política económica debería – esperaban – crear las señales adecuadas para inducir la inversión. Esa pregunta aún carece de respuesta.

Casi doce meses de un nuevo gobierno permiten señalar algunos elementos para comprender las novedades de la etapa. Primero, los grandes ganadores de esta primera fase de la profundización del ajuste transicional son los sectores exportadores (agro, mineras), la banca y el capital financiero, y las empresas de servicios públicos (gas, electricidad, transporte) (Cantamutto y Schorr, 2016). Los primeros fundamentalmente por el cambio en el régimen de retenciones, las segundas por la política de tasas de intereses elevadas y de aceleración del endeudamiento, y las últimas por la nueva política tarifaria.

Esto no quiere decir – obviamente – que esté cambiando la estructura del poder social en Argentina. El dominio del gran capital transnacional en todas las ramas de la economía persiste pero en esta etapa transicional (¿hacia la radi-

calización del neodesarrollo o hacia una nueva fase del proyecto neoliberal?) los sectores mencionados son llamados a convertirse en la palanca para reiniciar la exitosa acumulación de capital (es decir, el crecimiento económico). Ese es el presupuesto (y objetivo) de toda la acción de gobierno. Detrás del impulso de esos sectores, se espera se encolumnen otros tantos, como la industria manufacturera, la construcción y los servicios.

Estos sectores, los “perdedores”, sostienen una posición de apoyo crítico al proyecto *Cambiamos*, aparentemente con una doble expectativa. Primero, que el ajuste permita impulsar la profundización de la reestructuración económica “congelada” en la década pasada. Las luchas sociales acumuladas a la salida de la Convertibilidad (2001-2002) y la constitución de una nueva composición política del pueblo trabajador (más centrada en los “movimientos” populares poco institucionalizados; Félix, 2012) detuvieron en el tiempo las intenciones de avanzar en nuevas formas de organización empresarial más “productivas” – más rentables – para el capital (más flexibilidad y desregulación, menor “costo laboral” e impositivo, más productividad). La superexplotación (del trabajo colectivo, de la naturaleza y del trabajo no remunerado de las mujeres) es la base de sustentación del capitalismo dependiente argentino, los fundamentos de la inversión privada y el empleo (Félix y Díaz Lozano, 2016).

En segundo lugar, los “perdedores” apuestan a que si *Cambiamos* fracasa en su papel, el peronismo (hoy, apoyado en el partido Justicialista – PJ y la Confederación General del Trabajo – CGT) podrá contener y canalizar las demandas de recomposición parcial para avanzar en las reformas más lentamente, sin prisa pero sin pausa. Las fracciones ‘perdedoras’ del capital prefieren la primera opción pero no abjurán de la segunda si no hubiera alternativa en un marco de “gobernabilidad” (es decir, en un marco controlado por los “partidos del Orden”, para parafrasear a Marx).

Mientras esperan que puedan construirse los “Puentes hacia el futuro” (como propusieron en el reciente coloquio del Instituto para el Desarrollo Empresarial de la Argentina - IDEA), ni ganadores ni perdedores sacarán los pies del plato de un proyecto que saben propio. Tampoco apostarán todas sus fichas a un gobierno que oscila entre la improvisación y el cinismo pero que no parece – aun – acertar en la receta. De allí que la lluvia de inversiones no sea más que una garúa (una leve llovizna) que no permite que surjan los esperados “brotes verdes”.

El marco de dominación ampliada del gran capital transnacional condiciona la capacidad general del pueblo de controlar y apropiarse los frutos del trabajo colectivo. Luego de un quinquenio de estancamiento (2011-2015), la desigualdad social empeoró violentamente en tan sólo unos meses. Los más ricos aceleran su enriquecimiento a pesar del ajuste y la crisis, mientras el pueblo trabajador es el

único perjudicado. La caída en los salarios reales llega al 10% (lo que se significa que hemos perdido más de un mes de sueldo a lo largo de 2016), aumentan los despidos y suspensiones, miles de jóvenes se mantienen como ni-ni sin esperanzas de encontrar empleo (aun así la tasa de desocupación juvenil trepó a 24,6% en el tercer trimestre de 2016, siendo 30,3% para las mujeres jóvenes que buscan empleo remunerado); la política social persiste en el modo de la prevalencia de los beneficios de tendencia universal pero básicos (es decir, inadecuados). La pobreza por ingresos sube desde los niveles persistentemente elevados de la década pasada: en torno a un tercio de la población (más de la mitad de las niñas y niños) viven con ingresos insuficientes y en condiciones de hábitat, servicios sociales y de cuidado precarios y deficientes. El crecimiento económico no permite superar los límites del capitalismo en la dependencia; el estancamiento y la crisis sólo contribuye a profundizar las carencias estructurales.

Brotos verdes no aparecen

La crisis, las políticas de ajuste (por parte del capital y el Estado) que la acompañan y la redistribución regresiva (a favor de los ricos) son – según el gobierno – el camino inevitable para alcanzar la “luz al final del túnel” (en palabras de la vicepresidenta Michetti). La confianza en que las señales “correctas” serán suficientes para desplegar la voluntad empresarial de invertir y así mover la economía, se parece cada vez más a puro cinismo o – en realidad – puro sentido común burgués.

Pero no sólo de esperanzas vive el capital(ista). Liberales “keynesianos” le prenden una vela a los Animal Spirits á la Keynes (es decir, la buena voluntad, ilusión y espíritu empresarial) pero a su vez llevan adelante una política económica abiertamente contradictoria que prepara la próxima gran crisis. En el Banco Central se privilegia el uso de las altas tasas de interés (a través de la emisión disparatada de deuda bajo la forma de Letras del Banco Central – LEBAC) para frenar la inflación, al costo de la destrucción de la producción de valor y riqueza material (en especial, entre las pequeñas y medianas empresas); la apertura de la economía y el dólar anclado operan en el mismo sentido. La deuda del BCRA aumentó un 60% y el dólar es más barato que en 2015 pero ahora con mayores niveles de apertura comercial (por eso, las importaciones de bienes de consumo aumentan 9% y las de autos 28% en el marco de una caída general de la actividad económica: el Estimador Mensual de Actividad Económica cayó 3,7% en septiembre de 2016 en comparación con el año anterior y producción industrial se desplomó 8% en octubre en relación a un año antes). El Ministerio de Trabajo ha logrado canalizar en el marco de las paritarias las demandas salariales por debajo de la inflación, derrumbando el mercado local de consumo popular (las ventas

minoristas caen no menos del 8% anual; el consumo agregado cayó un 4,6% en todo 2016). Frente a ello, el Ministerio de Hacienda hace piruetas para limitar el impacto político del ajuste, manteniendo elevado el déficit fiscal (acrecentado por la caída en el nivel de actividad económica y por la reducción de retenciones) a partir de crecientes niveles de endeudamiento que acompañan al BCRA. El endeudamiento se convertirá en una bomba si la economía no resurge de sus cenizas. Por ahora, la deuda pública sube por el ascensor (en total, más de 46 mil millones de dólares en este año) mientras que la economía persiste en un coma con pronóstico reservado (de conjunto, el PBI cae el 2,6% anual).

Suenan las Trump(etas), tiemblan los profetas de Cambiemos

Para colmo de Cambiemos, el triunfo de Donald Trump como presidente en los Estados Unidos no es fuente de buenos augurios. Si la economía mundial se encuentra en crisis prolongada hace ya casi una década (EEUU con un crecimiento promedio inferior a 2,2% anual, EU y Japón bien por debajo de eso), un gobierno proteccionista y fascista en el declinante hegemón global sólo auspicia un peor horizonte.

El gobierno de Trump es la reacción de un pueblo sin alternativas políticas progresivas (en un sistema político profundamente antidemocrático), agobiado por la reestructuración económica prolongada que es resultado del programa neoliberal de internacionalización del capital. Ese programa ha trasladado buena parte de la producción manufacturera norteamericana a las periferias del sur global, dejando un tendal de ciudades fantasma, pesadillas en el sueño americano. La brutal caída en los empleos manufactureros y los salarios de quienes permanecieron ocupados (37% y 28% en las últimas tres décadas, respectivamente) son testimonio de la debacle.

Si se cumplen los anuncios, la política de EE.UU. será de mayores niveles de déficit fiscal (endeudamiento público y baja de impuestos a los ricos) que tendrán como consecuencia inmediata el encarecimiento del endeudamiento internacional, la desaceleración mayor del conjunto del capitalismo global y un estancamiento en los precios de las *commodities* de exportación de los países dependientes, como Argentina. Si el capitalismo neoliberal, aun si “progresista neoliberal”, es muy malo para la economía capitalista argentina, el capitalismo neofascista no se presenta como algo superador.

El horizonte no se ilumina como predicaban los profetas de Cambiemos, sino que son nubes de tormenta las que se acercan; las luces que se aprecian a la distancia, rayos y centellas. Una economía como la Argentina consolidada y consolidándose como plataforma para la exportación de materias primas y la superexplotación del trabajo y la naturaleza enfrenta un mundo en crisis, que

se cierra sobre sí mismo. El fantasma del 2001 se acerca peligrosamente para la economía argentina: alta inflación y depresión económica son una combinación explosiva.

Año plesbicitario

El 2017 es un año de elecciones de medio término (legislativas) y si Cambiemos pretende continuar gobernando debe – como condición necesaria pero no suficiente – mejorar su desempeño electoral. Recesión, debilidad político-institucional y conflictividad social son los ingredientes para la debacle, y el gobierno de Macri lo sabe.

Por ello, intenta construir una base social más amplia que la que los llevó al control de Estado. Recordemos que Cambiemos ganó – por poco – en segunda vuelta electoral de noviembre de 2015, luego de sacar menos de 33 por ciento en la primera. Para ello ha buscado tender puentes con fracciones del peronismo, especialmente el PJ no kirchnerista, apelando al uso discrecional de la política fiscal (fondos para obras públicas y programas sociales diversos). De todos modos, el gobierno sabe bien que el peronismo es un aparato político-electoral experto en “vandarismo” (confrontar para negociar) y un socio dúctil pero poco confiable³.

Por otra parte, el gobierno no sólo pretende ampliar su sustento en el aparato del sistema político, sino sobre todo crear las condiciones para la gobernabilidad. Eso requiere limar diferencias con las organizaciones sindicales más fuertes (en particular, dentro de la peronista Confederación General del Trabajo, CGT) y buscar integrar parcial pero eficazmente a las organizaciones sociales con capacidad disruptiva (en especial, el espacio liderado por el Movimiento Evita, movimiento social construido al amparo del gobierno de Néstor C. Kirchner). La ministra de Desarrollo Social Stanley y el ministro de Trabajo Triaca han sido claves en esta transición. La transferencia de fondos de obras sociales (servicios de salud) a las cajas sindicales (una masa total de recursos de 30 mil millones de pesos), la aprobación de la Emergencia Social (que transferirá cerca de 10 mil millones de pesos anuales a la ‘economía popular’, a través de las organizaciones sociales) y la votación de la reducción parcial del impuesto sobre los salarios (‘impuesto a las ganancias’) pagado por las fracciones más formalizadas de la fuerza de trabajo, han sido prenda de canje para un verano tranquilo.

³ El “vandarismo” es una tradición político-sindical que desde los años 1960 lideró Augusto Timoteo Vandor, como secretario general de la CGT. Esa estrategia combinaba la confrontación activa con la voluntad de negociación y acuerdo con el gobierno de turno.

En un contexto que construye las bases de una creciente conflictividad, Cambiemos busca tejer un puente de plata para llegar a las elecciones parlamentarias en condiciones de mejorar su rendimiento electoral. Para ello debe encontrar puntos de acuerdo con las fuerzas sociales y políticas de la oposición parlamentaria. Con el peronismo en el Congreso los acuerdos se negocian día a día bajo la forma de transferencias de recursos a las provincias, autorizaciones para endeudarse (6200 millones de dólares en lo que va de 2016) y futuras obras de infraestructura. Nada novedoso. Con el sindicalismo empresario de la CGT, los mecanismos son similares como señalamos. Eso alcanza para aportar algunos votos clave en el Congreso Nacional y congelar en el tiempo e indefinidamente medidas de alto impacto como un paro general.

Frente a eso, la CTA (Central de los Trabajadores Argentinos) persiste en una crisis política profunda y los movimientos sociales neo-kirchneristas liderados por el Movimiento Evita que impulsaron una ley de Emergencia Social (ES).⁴ Aun si no fue vetada (como si ocurrió, por el contrario, con la ley “anti-despidos”, aprobada en el Parlamento Nacional durante el primer semestre de 2016, que fue vetada por Macri con poco o ningún costo político para el gobierno), la ambigüedad y poco alcance de ese proyecto de ley de ES no resuelve el fondo del asunto que es que el proyecto de desarrollo capitalista en Argentina no tiene futuro como proyecto popular. Esto no significa que la aprobación de la ES no sea significativo en términos de recursos y reconocimiento político para las organizaciones involucradas. Por su parte, el Frente de Izquierda y los Trabajadores (FIT) y otras fuerzas del campo del trostkismo muestran masividad organizativa (el acto del FIT con decenas de miles de participantes a fines de 2016 lo atestigua), pero con capacidad de intervención limitada y la prevalencia de estrategias de autoconstrucción. Finalmente, la “izquierda independiente” (con fuerte base social en los movimientos territoriales) atraviesa un proceso de reconstrucción de sus lazos de afinidad en un intento de recuperar potencia disruptiva pero sin la masividad de otras épocas.

En cualquier caso, el pueblo en lucha comienza a resurgir en diferentes articulaciones y proyecciones pero en la calle, en marcha. Cierto es que las proyecciones estratégicas son distintas. No es lo mismo articular fuerzas en torno a (y detrás de) el kirchnerismo y su proyecto de vuelta al neodesarrollo clásico, que articular fuerzas sociales y políticas que cuestionen el desarrollo capitalista mismo, su Estado y sus políticas, su tendencia productivista-extractivista.

⁴ En 2015 la CTA se dividió en dos fracciones: la apoyaba al kirchnerismo (CTA de los Trabajadores) conducida por Hugo Yasky y la que se enfrentaba a él (CTA Autónoma) conducida por Pablo Miceli.

¿Esas contradicciones son muestra de debilidad o fortaleza del gobierno? El tiempo dirá si el pueblo organizado se resigna a seguir esperando la recuperación económica (aún si ella supone profundizar el extractivismo extranjerizado), o si la recomposición política de las clases que viven de su trabajo logra canalizar el descontento social en mayor inestabilidad social y política, y – eventualmente – la crisis del régimen político para promover un cambio de rumbo. Paradójicamente, este diciembre la vieja frase “Que se vayan todos” volvió a escucharse en las calles porteñas, en una protesta de las y los jóvenes científicos que el gobierno pretendió despedir. Ese sector social, típicamente poco activo y menos politizado, pudo frenar (si parcial y precariamente) ese intento, sumándose activamente a la ola de descontento; el ministro de Ciencia y Técnica Baraño, golpeado, pudo soportar la presión y continúa en su cargo. Sin embargo, la mecha parece encendida y el ‘fantasma del 2001’ resuena, presente.

Lo cierto es que la creciente impaciencia social con el ajuste sin fin y sin destino aparente pone nerviosos a más de uno, en especial a quien el gobierno espera hace meses que tome la posta: el gran capital transnacional. El cambio reciente en el “ministerio de Economía” (el ministro Prat-Gay fue reemplazado y su ministerio de Hacienda y Finanzas dividido en dos) parece abrir una nueva etapa en la estrategia gubernamental. La aceleración del ajuste fiscal es la más reciente señal que el gobierno busca dar a los ‘inversores’ de que está dispuesto a todo, aún si debe hacer concesiones tácticas como las mencionadas. A los 40 mil despidos en el sector público, la caída en los salarios reales de los empleados del Estado (cercana al 10 por ciento en 2016), y la reducción de subsidios a la luz y el gas, se suma la eliminación reciente de la devolución parcial del impuesto al valor agregado sobre el consumo bancarizado (con tarjetas de débito), un proyectado recorte progresivo en impuestos sobre la nómina salarial y una nueva ola de despidos en el Estado (ahora mismo cerca de 3000 en el Ministerio de Educación de la Nación).

Por ahora, lo único que avanza en la Argentina es la especulación financiera de la mano del ‘blanqueo’ de capitales no declarados y de la política de tasas de interés elevadas por parte del Banco Central. Unos pocos ‘brotes verdes’ se proyectan por la economía a comienzos de 2017, con algunas ramas mostrando algún signo de haber tocado fondo; las exportaciones primarias muestran signos de algún leve aumento en noviembre luego de un año de retracción. Con el dólar cada vez más barato (casi congelado desde principios de 2016 con una inflación elevada) y el crédito alimentando las esperanzas de consumo e inclusión de millones de trabajadoras y trabajadores pobres, Cambiemos enfrenta el dilema de convertirse en una versión mejor del kirchnerismo con el fin de construir un capitalismo posible (gobernable) o ceder a corto plazo ese lugar. Para el pueblo las esperanzas se centran en construir una alternativa política que canalice la

conflictividad y la resistencia social al ajuste capitalista en un proyecto superador a la alternancia neodesarrollista contemporánea. El futuro está abierto.

Entonces, ¿qué esperar? ¿qué hacer?

Enfrentamos un mundo en crisis civilizatoria (Vega Cantor, 2009) que gira, en especial en los países centrales, violentamente hacia formas renovadas del fascismo que nunca ha renegado del capitalismo en sus formas desarrollistas. La paradoja es que en nuestro país y en la región suramericana avanza una corriente liberal (más o menos desarrollista) que – paradójicamente – es incompatible con ese proyecto global.

El proyecto de Cambiemos supone proyectar el saqueo a nuevas dimensiones, tal cual estaban planteadas ya en el Plan Estratégico Industrial 2020 (PEI2020), el Plan Estratégico Agropecuario y Agroindustrial 2020 (PEAA2020) o Plan Nacional de Ciencia, Tecnología e Innovación Productiva Argentina Innovadora 2020 (AI2020) impulsados por el kirchnerismo (Félicz, 2013). Pero un mundo que se cierra conspira contra ello.

La contracara del proyecto de saqueo es la mayor competitividad demandada por las fracciones industriales del gran capital. Eso es devaluación del peso en lo inmediato pero a mediano plazo más productividad (a través de flexibilidad laboral) y medidas de “modernización” o “racionalización” (reforma del Estado, reforma y rebaja impositiva, nuevos programas de gestión de la educación, la salud, la ciencia y la tecnología, etc.). Ese programa, que sostiene Cambiemos, es similar al programa del Frente Renovador (una fracción del peronismo que salió tercera en la última elección presidencial) y de otras fracciones del peronismo “ortodoxo”. La CGT se prepara para acompañarlo al igual que el “kirchnerismo popular” (encabezado por el Movimiento Evita), todo a cambio de algunas reivindicaciones parciales. El camino que proponen es “vandonismo clásico”, combinando presión en las calles con negociación y aporte a la gobernabilidad.

Desde el campo de las organizaciones que luchamos por un cambio social radical, anticapitalista, antiimperialista, antipatriarcal, la apuesta debiera ser precisamente la inversa: construir la ingobernabilidad con nuestros cuerpos en las calles, construyendo pensamiento y – sobre todo – prácticas críticas en todos los espacios que habitamos, cuestionando todos los rasgos de la sociedad impregnados por la lógica del capital. Es decir, debemos impugnar la sociedad toda, al capital, pero también al Estado, a las burocracias sindicales; e incluso a nuestras propias organizaciones, a las que debemos cuestionar, repensar y reinventar, para construir un mundo nuevo en que quepan todos los mundos.

Bibliografía

- CANTAMUTTO, Francisco y SCHORR, Martín (2016). Ganadores... Diario *Página/12*. Disponible em: www.pagina12.com.ar
- CASTELLANI, Ana y CANELO, Paula (2016). Perfil sociológico de los miembros del gabinete inicial del presidente Mauricio Macri. *Informe de Investigación*, 1, Idaes-UNSAM, San Martín.
- DINERSTEIN, Ana Cecilia; CONTARTESE, Daniel; DELEDICQUE, Melina (2010). *La ruta de los piqueteros*. Buenos Aires: Capital Intelectual.
- FÉLIZ, Mariano (2016). Till death do as apart? Kirchnerism, neodevelopmentalism and the struggle for hegemony in Argentina, 2003-2015. In: SCHMITT, Ingo (comp.), *The Three Worlds of Social Democracy: A Global View from the Heartlands to the Periphery*. Chicago: Pluto Press.
- _____ (2015). Limits and barriers of neodevelopmentalism: Lessons from Argentina's experience, 2003-2011. *Review of Radical Political Economics*, n. 47 (1), URPE, Nueva York.
- _____ (2014). Renta extraordinaria y industrialización en el neodesarrollismo. Límites y alternativas. Argentina, 2003-2012. *Revista Economia Ensaio*, n. 29 (1), Uberlândia.
- _____ (2013). ¿De la década perdida a la década ganada? Del auge y crisis del neoliberalismo al neodesarrollismo en crisis en Argentina. *Cuestiones de Sociología. Revista de Estudios Sociales*, n. 9, número especial, La Plata.
- _____ (2013a). ¿Qué hacer... con el desarrollo? Neodesarrollismos, Buen vivir y alternativas populares. In: LÓPEZ, Carla (comp.). *Los desafíos para cambiar la vida*. Economía popular y solidaria. La Habana: Editorial Caminos.
- _____ (2012). Neo-Developmentalism Beyond Neoliberalism? Capitalist Crisis and Argentina's Development Since the 1990s. *Historical Materialism*, n. 20(2), Brill, Londres.
- _____ (2011). *Un estudio sobre la crisis en un país periférico*. La economía argentina del crecimiento a la crisis, 1991-2002. Buenos Aires: Editorial El Colectivo.
- FÉLIZ, Mariano y DÍAZ LOZANO, Juliana (2016). Reproducción social, neodesarrollismo y saqueo de las riquezas sociales en Argentina, 2002-2016. *III Encontro Internacional teoria do valor trabalho e ciências sociais*. Instituto de Ciências Sociais. UnB: Brasília.
- MARINI, Ruy Mauro (1973). *Dialéctica de la dependencia*. México: ERA.
- MAZZEO, Miguel (2015). Argentina: la CEOcracia, la añorada mediocridad burguesa y lo inédito viable. *ContrahegemoniaWeb.com.ar*. 10 de diciembre.

- NORTH, Douglas C. (1995). *Instituciones, cambio institucional y desempeño económico*. México: Fondo de Cultura Económica.
- VEGA CANTOR, Renán (2009). Crisis civilizatoria. *Revista Herramienta*, n. 42, Buenos Aires.